

Ya cuando le conocí en mi Escuela de Mimo y Teatro, en París, Albert Vidal se refugiaba en el rostro, en el que residía su fascinación. Ahora le vuelvo a encontrar gracias a las bellísimas fotografías de Leopoldo Samsó.

Una mirada inquisidora, inquieta, que sale de un rostro más pálido que blanco, que emerge de las sombras; después, una sonrisa que se va extendiendo hasta las manos abiertas, en las que persiste el recuerdo del miedo.

Estas imágenes de Albert Vidal ponen de relieve dos fuerzas sujetas a la contradicción del pro y el contra, expresada aquí con la intensidad y la concisa expresividad del mimo.

La mirada parece negar lo que la mano reclama. La espera se trueca en miedo sin huida posible. Las salidas son angustiosas e inmóviles. Las preguntas quedan sin respuesta. El rostro y las manos dialogan juntos hasta el absurdo. La mano derecha se convierte en la izquierda, la izquierda en la derecha. Uno no sabe ya a qué brazo pertenecen, de quién son.

El cuerpo, ausente en la fotografía, está terriblemente presente en el rostro y las manos, que parecen suspendidos, y la instantánea del fotógrafo hace más intenso el fenómeno.

Esas expresiones decepcionadas hasta la náusea, sobrecogidas hasta la angustia que se hielan en el rictus, se mofan e imploran.

En el rostro de Albert Vidal todo está impulsado hacia los paroxismos de la expresión. Sus ojos se mueven en la órbita del rostro-máscara como los de los actores orientales, en el límite de lo posible.

Albert Vidal habla de nosotros, es de aquí, de ahora.